



Comisión 4

Índice

1. 17 horas de sufrimiento. Ana Abián
2. ¿Y qué si en verdad sucede? Haydee Acuña Barbaran
3. Continua soledad. Cesar Almirón
4. Vuelo número 25. Carolina Lucía Alonso
5. Personificación peligrosa. Lucas José Álvarez
6. La muerte, mi única amiga. Juan José Arhancetbehene
7. Un secreto que solo se ve sin luz. Agustín Baeck
8. Corazón ficción. Ulises Rafael Baigorria Villareal
9. Extraterrestres: ¿sueño o realidad? Ayelén Baygorria
10. Invierno colombiano. Mora Bizarra
11. De una pesadilla a un miedo. Josefina Bonari
12. La esperanza. Giuliano Bonanotte
13. Un día indiferente. Dante Caballero
14. Bitácora. María Florencia Cabanelas
15. Zapatos rojos. Zulema Elizabeth Capella López
16. Duendes en el Senado. Vanesa Lucía Carreras
17. La realidad de la ficción. Juan Bautista D'Alfonso
18. Esperanza Victoriana. Mirén Echarren
19. ¿Realmente estamos solos? Gilda Noemí Fantin
20. Pánico en la red. Marilina Feito
21. El periodismo también lo ocultó. Marina Elisa Fiorini
22. No quiero. Florencia Gago
23. La causa del teatro. Pablo Golnner
24. Como mi abuela. Verónica Herlax
25. El otoño es de ellos. María Huarte Bonnet
26. Libre al fin. Lucía Jofre Vidal
27. Pánico. Sofía Lucich
28. Sumate a la lucha. Julia Sara Lugli Arroyo
29. Ese horrible jardín. Daniela Luján
30. Mi pesadilla. Esmeralda Maldonado
31. Mi cuerpo. Jonathan Meider
32. Vivir la muerte y ser feliz. Florencia Mujanovic
33. La semilla de la vida. Simón Muñoz
34. Piel. Agustín Ocaño
35. Luces de otro planeta. Lorena Ordoñez
36. Sana y salva. Agustina Padilla
37. La luz invasora. Gabriela Paredes
38. El lazo más fuerte. Brenda Pereira
39. Ella. Juan Piazza
40. ¡irme lejos, no volver! Oriana Piccirillo
41. Vacaciones de cambio y descanso. César Pérez Lamberti
42. Aventura con amigos. Alexis Salas
43. Hoy escucho cumbia mañana reggaetón. Bárbara Venturo
44. Realmente viudos. Tomás Vidal

17 horas de sufrimiento

AnaAbián

Si hay algo que aprendí de este viaje es que en lo que respecta a pasajes no hay que ahorrar, y digo esto por aquel viaje que hice en noviembre del año pasado fue uno de los peores de mi vida.

El viaje desde misiones hasta Buenos Aires suele durar entre doce y catorce horas; puedo decir por experiencia que no es nada agradable estar sentada doce horas seguidas. Pero la cuestión es que esa vez decidí comprar un pasaje más económico y termine viajando diecisiete horas. Diecisiete horas de campo-ciudad-campo-ciudad.

Llega un momento en el cual ya no hay posición que parezca cómoda y casualmente, suele pasar alrededor de las cuatro de la madrugada.

La comida también es un tema aparte. Te entregan un *sandwich* que no te permite saber con precisión si tiene seis días o seis meses. Pero bueno, eso no es lo peor, te podés llevar algo en la mochila y listo.

Lo último pero no menos importante es el aire acondicionado. Pareciera que está a 15 grados y para completar, no entregan mantas, así que si no sabes esto, como me paso a mí, pasas diecisiete horas en un colectivo que parece más que nada una heladera.

Todas estas cosas hacen, por más exagerado que parezca, que un viaje pueda parecer una de las experiencias más feas del mundo.

¿Y qué si en verdad sucede?

Haydée Acuña

-¿Por qué tardas mucho en el baño?

-Espera ma me estoy poniendo la ropa.

No pasó mucho cuando Carolina salió del baño; la mamá y ella habían planeado ir al cine a ver una película sobre unos extraterrestres y una supuesta invasión. Desde que salió el adelanto del rodaje, las fanáticas de uno de los protagonistas se mostraron muy eufóricas ya que era uno de los cantantes de moda en ese momento.

Tras un viaje en auto hacia el cine, al fin llegaron con las expectativas sobre la película; les parecía divertido que los marcianos lleguen a nuestro planeta.

-Sí señorita, tenemos este horario- habló la vendedora de tickets.

-Bueno, quiero esas- Carolina respondió después de una larga cola.

Ingresaron al cine y se detuvieron en la parte de comida, compraron *popcorn* y un par de bebidas, a la vez iban escuchando a otras personas hablando sobre lo interesante que iba a estar la película; había otras que iban por el contenido y otras, solo por el famoso que lo iba a protagonizar.

Entraron a la sala y empezó el drama lo que llamó mucho la atención de Carolina es que todos los personajes eran especiales y llamativas.

Pasaron unos cuarenta minutos del rodaje. Apareció un efecto único, que hacía que las personas se emocionen; de pronto se visualizó un ser extraño y todos los relacionaron con un extraterrestre ya que tenía las características que todo el mundo cree sobre ellos. Lo curioso fue que él decía hora y fecha de la supuesta invasión que estaban realizando, pero era la actual. ¿Muy realista para ser verdad, cierto?

En eso se escucha un grito de una mujer diciendo "llegaron". La multitud en la sala se echó a reír porque en verdad sentían que el grito provenía de algo real pero supuestamente es parte de la película.

La imagen del marciano desapareció de la pantalla gigante al instante, la gente aún seguía pensando que era parte del drama pero unos minutos después, en plena oscuridad escucharon los fuertes gritos y pisadas que las personas generaban fuera de la sala.

-¿Qué está pasando?

Carolina se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta. Lo primero que vio fue una mujer llorando mientras que balbuceaba "No son malos". Carolina avisó a toda la sala y les pidió que mantengan la calma que en realidad no sabía claramente lo que estaba sucediendo.

Salieron asustados del lugar y al ver el cine semivacío, las personas optaron por salir a la calle y se sorprendieron. Se aterrorizaron al ver que realmente una de las escenas de la película era en la vida real.

Seres extraños invadieron la ciudad de Toronto; eso es lo que se creía, tal vez no solo era ahí sino también en otras partes del planeta.

El pánico se sintió y el llanto de mucha gente se escuchó, quizás personas que no creían en eso. La mamá de Carolina aterrada tomó a su hija y la llevó con mucha rapidez al auto. Al darse cuenta de la situación, vio a su alrededor y se dio con la sorpresa de que había gente muerta y herida así que técnicamente los extraterrestres no eran una especie con el cual se pueda hablar y llegar, tal vez, a un acuerdo de paz.

Continua soledad

César Almirón

Las pesadillas son usuales en todo el mundo. No conozco una persona que no las haya tenido, las personas que lo niegan haber tenido, sé que mienten.

Nuestros padres tratan de protegernos de todo lo que nos pueda generar algún daño. Pero no nos pueden proteger de nosotros mismos y menos cuando soñamos. Me encuentro normalmente en un ambiente acogedor pero mis “sueños” no lo representan.

Hace muy poco, tuve la sensación de un *dejavú* en el mismo sueño. Sentí como si fuera una secuela. Normalmente me encuentro corriendo en un bosque como si huyera, lo único que logro ver es una sombra. Quiero saber qué es pero mi cuerpo no me lo permite. El temor ¿a qué? A que esa sombra me consuma. Me detengo, sin embargo, la sombra también se detiene. Mi cabeza me dice que no me gire, pero la intriga me invade y sin pensar me giré. Lo único que veo es una sonrisa macabra. Soy yo muy espeluznante. Escucho algo en el viento.

-Nunca te voy a dejar, siempre te voy a perseguir, hasta consumirte por completo.

Mi madre me despierta y me encuentro parado sosteniendo el picaporte. Ese mismo día me llevó al psicólogo por la preocupación que les había generado. Le conté a la psicóloga mi pesadilla y lo relacionó con mi temor a la soledad, al dolor que me genero a mí mismo.

Vuelo número 25

Carolina Alonso

Era la mañana del 29 de junio. Me levanté ansiosa y un poco nerviosa también se podría decir.

Una semana antes de ese día, los medios de comunicación estaban eufóricos y transmitían esa energía al resto de la sociedad.

Cuando prendí la televisión, un nuevo título ocupaba la pantalla del noticiero que acostumbro a ver: “una nueva forma de vida, se aproxima a la Tierra”.

La NASA se había ocupado de difundir dicha novedad a la prensa, incluyendo el número de vuelo. Éste último se había logrado divisar gracias a la inversión en nuevas tecnologías, número de serie 04216, vuelo 25.

Todos esperando aquel día; al fin el mundo iba a tener la posibilidad de estar al tanto de la cuenta regresiva y prepararse para la llegada de este fenómeno. Un programa de internet, volvió a todos adictos durante 6 amaneceres más.

La incertidumbre invadía al planeta Tierra. ¿Vendrán en son de paz? ¿Necesitarán algo de nosotros? El día 6 de agosto obtuvimos las respuestas.

Miles de cámaras y micrófonos se agruparon con sus respectivos periodistas. Una gran diversidad cultural, también presenció el evento.

Luego de varias horas de espera, los nuevos y extraños habitantes arribaron en el aeropuerto de Ezeiza.

Inexplicable. Una mezcla de sensaciones y emociones en mi cuerpo. Un aparato gigantesco hizo que varias cámaras cayeran al suelo mientras que los árboles del entorno se quebraron,

tan solo por el estruendo producido al tocar tierra. La gente ansiosa, y con algo de miedo esperando a que los extraterrestres bajaran de su transporte.

Se hizo de noche y justo antes de que mi paciencia llegara a su fin, una puerta más grande que una casa, se desplegó de la monstruosa estructura.

Mucho humo salió del interior, el que tardó unos cinco minutos en difuminarse. Lo último que recuerdo ver; dos pequeñas figuras, con orejas grandes y solo cuatro dedos en cada una de sus manos y pies, luego un grupo grande de periodistas me empujó con todas sus fuerzas.

La competencia por quién tomaba la mejor imagen había dado comienzo. Y ahí quedé detrás de la multitud. Mi metro 56 de altura, solo me dejaba apreciar la mitad de esa gran nave.

Volví a mi casa, indignada. Al día siguiente, las imágenes de aquella experiencia ya invadían cada rincón de internet, todas las tapas del noticiero y periódicos. La prensa, nuevamente, había cumplido con su trabajo.

Personificación peligrosa

Lucas Álvarez

Me encontraba yo sentado en un sillón blanco. Tan desgastado que podía sentir las maderas duras bajo mi retaguardia. Frente a éste un televisor encendido que constantemente emitía imágenes y sonidos. A mi lado, una bandeja con mate y galletitas.

Hago foto en lo que transmitía el aparato y logro ver un fondo verde y pequeñas personas moviéndose sobre éste. Comienzo a reconocer caras en estas personas. Aparece la imagen de ÉverBanega, Lio Messi y la del “Chacho” Higuaín.

Me doy cuenta que estoy frente a un partido de la Selección Argentina, pero no es cualquier partido, es la final del mundo. Presto atención al encuentro y me empiezo a adentrar en las imágenes. La tele y yo somos uno. Siento que todo lo que sienten los jugadores.

Mala salida de Kroos y la pelota queda en los pies de Higuaín. Yo soy Higuaín. Siento la presión de la hinchada, toda la nación confía en mi pie derecho. Me encuentro frente a un monstruo gigante, un monstruo alemán; éramos él y yo, nadie más debía vencerlo.

Mi botín impacta en la pelota, la cual se despega de mí esperando poder entrar en el arco protegido por este demonio. Pero es desviada por la acción de hechizos maléficos, o simplemente debido a mi imprecisión.

La angustia me invade mi oportunidad de vencer al monstruo, desperdiciada mi oportunidad de ser un héroe.

El partido continúa y voy personificando diferentes guerreros. Trato de vencer al alemán pero siempre fallo. Pateo de afuera del área, de adentro, hasta trato de picarla y pasarle por arriba. Nada puede burlar al monstruo.

En cierto momento, me vuelvo pelota. Tengo el poder de destruir naciones enteras o unir las, todo depende de quién y cómo me use. Siento un fuerte dolor en mi espalda y me veo volando hacia una portería, pero no hacia la cual desearía volar. Entro a tal velocidad al arco que sólo una red puede detenerme.

Es ahí cuando miro la tribuna y veo banderas albicelestes que deja de agitarse. Sus portadores se llenan la cara de tristeza. Había destruido a mi propio país.

Vuelvo a ser yo, vuelvo a estar frente ala tele. Intento pellizcarme hacer cualquier cosa para despertar de este horrible sueño. Pero no hay caso. Uno no puede despertarse si nunca se durmió.

La muerte, mi única amiga

Juan JoséArhancetbehere

Mi vida ya no tenía sentido. Mi ex mujer convivía junto a su nuevo marido en otra casa. Mi nueva esposa se había enojado luego de una discusión y estaba en casa de su hermana. Manuel y Josefina, mis dos únicos y adorables hijos, ya no me querían; el mayor ya era grande y vivía en Nueva Zelanda, desilusionado por mi ausencia durante toda su infancia; y la menor, de tan solo 9 años, vivía junto a su madre, ya que me consideraba una amenaza. Nada tenía sentido. Ya no tenía trabajo y las deudas comenzaban a acumularse. Ni mis

amigos, ni familiares se preocupaban por mí. No entendía muy bien por qué hasta que recordé que no tenía. No salía de mi casa, no interactuaba con nadie.

Todos mis años recorridos en el largo camino de la vida, se esfumaban como el vapor que sale por la chimenea de un tren a carbón. La tristeza en mi interior, carcomía cada una de mis neuronas. Ni las pastillas, ni el alcohol podían curar tanto dolor. El tiempo ya no era tiempo. Las agujas del reloj giraban tan o más despacio de lo que tarda un caracol en dar una vuelta al mundo. Había perdido la noción. No sabía si era verano o invierno, otoño o primavera; si estaba de noche o de día. Solo restaba esperar que el último granito de arena cayera de aquel interminable reloj de la vida.

Pero esto no sucedía, así que tomé la decisión de pararme y de cortar el cable de la televisión que hacía ratomostraba siempre la misma película.

Fue así como salí de mi casa luego de tanto tiempo. Todo el mundo ahí afuera era nuevo para mí. El hogar ubicado en plena avenida. Entonces me paré sobre aquel relieve, previo a la enorme calle. El tránsito circulaba a gran velocidad. Hasta que vi que un enorme rectángulo de metal, que se trasladaba sobre 4 esferas se acercaba hacia mí y me abalancé sobre él.

Desperté en un salón, vacío. Todo estaba oscuro. Nadie estaba allí.

No tenía control sobre mis extremidades, no podía moverme. Quería hablar pero mi lengua no respondía. De pronto, dos hombres se acercaron. Sus caras no decían nada. Comenzaron a vestirme hasta que se alejaron. Un instante transcurrió. Y luego, una puerta se aproximó a mí. Quedé sellado, sin comprender qué sucedía, bajo una oscuridad infinita. Era lo que tanto tiempo había esperado. Dejar de sentir. La muerte había llegado.

Un secreto que solo se ve sin luz

Agustín Baeck

Camino hacia la orilla entre los médanos. Las marcas en los paredones me inspiran miedo y no sé por qué. Son señales de personas desconocidas.

Llego a la amplitud de la playa, que me es tan familiar, pero ahora me incomoda. Miro hacia un costado y no hay nada, ni una luz. Me volteo y lo mismo, no se ve ni un farol, ni siquiera las típicas luces de los edificios que siempre generan reflejos bailarines en el agua.

Lo único que se ve es la arena, que parece plateada con el brillo de la luna. Su superficie ondulada, genera muchas sombras, y sobre ella se ven caracolitos rotos, esparcidos por todos lados.

Es inquietante lo negra que esta la noche. Me esfuerzo por ver algo, pero el mar está oscuro. Sólo escucho el interminable sonido de las olas, y en mi cara siento el viento helado, con ese olor salado.

Las estrellas empiezan a bajar, como si fueran succionadas por un drenaje, hasta que el cielo queda vacío.

Nada más queda la oscuridad. No puedo ver ni escuchar nada, y nadie puede verme o escucharme. No sé si existo. Solo sé que estoy solo.

Corazón ficción

Ulises Rafael Baigorria

Rodrigo hoy sale con sus amigos ya no quiere quedarse con su novia. Hace ya dos años que están juntos. Esta noche quiere divertirse de verdad bailar canciones actuales y así pertenecer a esa cultura de la diversión superficial de lo aparente de lo permanentemente inerte. Todo esto no lo sabe y cree que es lo que él necesita.

En su casa, miran todo el día esos programas de entretenimiento con chicas bonitas. Chicas que bailan, que sonrían ante todo, usan ropa ajustada de marca y maquillajes para que resalten sus facciones.

En la radio, escucha música moderna, super actual. La música que suena en todas partes, que todos quieren escuchar. Era que con ese ritmo candente y reiterativo te invita a bailar libremente, como en los videos de internet, en los cuales participan las mismas chicas que salen en la televisión, y chicos también.

La literatura empleada en las canciones pareciera la misma en todas. Letras nefastas y difamadoras, pero sensuales y poéticamente atractivas para aquellos sujetos sujetos en la idea de “es lo que se escucha”, “soy actual”, “soy top”. Ideas provocadas por industrias culturales que degradan los verdaderos valores de la sociedad, sembrando algunos nuevos, en pos de sus intereses capitalistas.

Rodrigo sale, se divierte baila escucha, mira. Rodrigo consume; no hace nada. Al otro día, sube una foto a *Facebook* y recibe veinte me gusta. Él quería cien. Era una foto preciosa con su moto. ¿Cómo iba a tener poca repercusión?

Después de dos semanas, Rodrigo no sale de su casa. Ya no quiere bailar ni mirar tele ni escuchar la radio. Solamente quiere quedarse allí, en su cuarto, llorando lágrimas reales, mirando fotos verdaderas y recordando tristemente aquellos dos años de relación que ya son parte del pasado.

El nuevo novio de su exnovia tiene una banda, tiene una moto más grande y tiene diez mil seguidores en la mayoría de sus redes sociales. Pero ante todo, su nuevo novio, le muestra, sin dudas, el verdadero amor, el sentido de la vida.

Extraterrestres: ¿sueño o realidad?

Ayelén Baygorria

Una noche soñé con extraterrestres: ellos estaban en Marte, ese lugar era como nuestro Planeta Tierra. Los marcianos no nos daban importancia, ni a nosotros ni al planeta.

Desde la NASA, enviaron un cohete llamado AR-312 que lastimó y mató a varios marcianos.

Los extraterrestres comenzaron a averiguar sobre nosotros y luego de unos días, sabiendo que existían personas que investigaban sobre ellos, empezaron a enviar mensajes con amenazas donde decían que nos iban a invadir y eliminarnos.

Esos mensajes y señales fueron enviados durante un mes seguido, hasta que finalmente, los marcianos decidieron invadirnos.

Ese día fue horrible. El día se hizo noche, relámpagos, truenos y caos. Las personas corrían de un lado a otro intentando esconderse, otros se encerraban en sus casas o en el sótano de las mismas sin saber cuándo saldrían. También había personas que se suicidaban porque no querían ser esclavizadas por los extraterrestres.

Los marcianos aterrizaron, bajaron y comenzaron a caminar en dirección a la NASA donde, a los que investigaban sobre ellos, los mataron y se fueron. Cuando salieron a la calle, escondido detrás de un arbusto, un fotógrafo intentó tomarles una foto. Los marcianos se dieron cuenta y lo eliminaron, ese fue el primer día de los marcianos en el planeta.

La invasión duró dos meses. Miles de muertos, la Argentina destruida. Los ciudadanos éramos esclavos de los marcianos.

Me hubiese gustado saber qué sucedió, si la invasión continuó o no, pero desperté y no pude retomar más el sueño.

¿Sucederá alguna vez? ¿Los marcianos existen o no? Muchas dudas y preguntas, pero ninguna respuesta concreta.

Invierno colombiano

Mora Bizarra

El invierno de 2016, uno muy crudo en La Plata. Decidimos con mi familia partir a la isla de San Andrés Colombia. Fue mi primer viaje en avión, lo que me generó más dudas que la isla misma.

Hicimos un par de escalas en las cuales nos dedicamos a dormir y comer. Entre tanto, yo apuntaba algunos relatos o poemas para despejarme de ese ambiente. Había un clima bastante fastidioso: las luces, el olor a comida rápida, gente apurada y caras malhumoradas por todos lados. Al llegar a Bogotá (según la gente era un lugar muy bello), sólo conocimos su aeropuerto, pero quedaba el último tramo, llegar a la isla de la cual ya se me habían borrado las expectativas. Un par de horas después, comenzamos a desabrigarnos, nos esperaba el calor y el día soleado del Caribe.

Cuando llegamos, sucedió todo muy rápido, un colombiano nos dio las llaves del hotel que estaba casi pisando la playa. Vi la arena blanca el mar transparente gente que entraba y salía en malla. No dudé un segundo en cambiarme y sola fui al mar. Me tiré en la arena con una cerveza y un cigarrillo a respirar el aire del lugar. Era todo totalmente nuevo y sabía que sería único.

Al terminar de desarmar las valijas, empezó el trayecto familiar en la isla alquilamos un carrito de golf y rodeamos el perímetro. Nos detuvimos en un parque donde había toboganes que desembocaban en el mar, gente buceando y nadando entre cardúmenes realmente hermosos.

Fuimos en lancha a otra isla donde había muy pocas personas, todas ellas con una paz que creo yo, se los daba la naturaleza del lugar. La gente siempre sonreía, eran muy amables. En fin, esa isla se caracterizaba por tener un acuario natural, donde fuimos a bucear con peces de todos los colores, rayas y corales que formaban ese acuario.

Pensaba todo el tiempo que había encontrado mi lugar en el mundo, donde la gente se conformaba con lo justo y necesario, donde las lluvias duran cinco minutos y la gente sonrío al resto.

El último día del viaje salimos con mi hermano a dar vueltas nos encontramos a una multitud de gente en la calle bailando y bebiendo aguardiente. Ahí conocí su estilo de música y me fascinó su baile alegre. Al día siguiente, había que partir, pero me quedaba con un bello recuerdo del viaje que marcó también una unión. Y otra vez, a las largas escalas de avión y a los fríos inviernos platenses.

De una pesadilla a un miedo

Josefina Bonari

Me levanté finalmente de mi cama, había estado todo el día ahí. Caminé al comedor con la esperanza de que mi papá y mi hermana hubieran llegado ya de hacer las compras, pero me encontré con una situación completamente distinta que me descolocó.

Divisé a mi hermana sentada en el sillón, sus ojos estaban rojos y pequeñas lágrimas resbalaban por sus rosadas mejillas, lo que provocó que un sentimiento de preocupación inundara mi cuerpo.

Corrió a abrazarme, parecía desesperada. Intenté calmarla y logré que me contara lo que había sucedido. Al parecer, habían secuestrado a nuestro papá cuando llegaban del supermercado, y lo habían llevado al frente, a una casa que estaba en construcción hacía ya tiempo, pero que creíamos que estaba abandonada.

Una loca y arriesgada idea apareció en mi cabeza, tenía que ir a salvarlo.

Dejé a mi hermana en la casa cuando pude tranquilizarla y luego me dirigí a aquella casa con aspecto terrorífico.

Sigilosamente entré en la vieja construcción y de inmediato, el olor a humedad inundó mis fosas nasales. Me detuve unos segundos a observar el lugar. Las paredes estaban a medio hacer, y parecía que en cualquier momento se iban a caer a pedazos. Pero eso no fue motivo para detenerme.

Unas voces retumbaron por toda la construcción y agradecía a Dios, porque ya sabía dónde se encontraban.

Caminé hasta donde provenían las voces y me escondí tras una de las tantas paredes, intentando escuchar qué era lo que hablaban. Un hombre de voz grave acusaba a mi papá de que tenía algo suyo, mientras que el anteúltimo le decía que no era así y que se había confundido de persona. El hombre pegó un grito y luego el silencio reinó en el lugar. Era mi oportunidad, el secuestrador se había ido.

Sin pensarlo dos veces, entré en la habitación, y la cara de mi papá cambió drásticamente. Me dijo que me fuera, que él estaba bien, pero no le hice caso e insistí en quedarme a ayudarlo. Luego de unos minutos, logré desatarlo, pero cuando estábamos por huir, apareció aquel hombre. El terror inundó mi cuerpo cuando observé que sacó un arma del bolsillo de su pantalón y empezó a apuntarnos. En la desesperación, mi papá se abalanzó sobre él y me gritó que me fuera, pero mis piernas no me respondían, sentía mucho miedo.

Luego de un forcejeo entre ambos, el sonido de un disparo se escuchó, y seguido de eso el cuerpo de mi papá cayó al suelo.

Me desperté agitada y muy angustiada pero me calmé cuando me percaté de que estaba en mi habitación. Caminé hasta la cocina y dejé salir todo el aire que tenía contenido cuando vi a mi papá y a mi hermana en la cocina. Había sido un sueño. O mejor dicho, una pesadilla. Y ésta se transformó en mi mayor miedo.

La esperanza

Giuliano Buenanotte

-¿Qué va a pasar cuando alguien se cansa de esto?

-¿Cansarse de qué?

-De todo esto, de pasarla mal de tener ese sentimiento de que sin importar nada, jamás habrá un progreso real de nosotros.

Sin decir una palabra más, Isabella dio un portazo, marchándose, dejó tras su paso, un aura de sensaciones que mezclaban sollozos, con falta de esperanza, resignación y sobre todo cansancio.

Ya no tenía intenciones de intentar cambiar su vida. Había intentado, en más de una ocasión, aceptar la realidad de la forma más cruda posible. Naturalizando que, por ser ella una prostituta todo le sería negado.

En más de una ocasión, con la guardia baja se había aprovechado de ella, desgastando cada vez más esos rasgos que le otorgaban dignidad y entereza a su persona.

Hoy se había convertido en una persona que solo se limitaba a vivir, lisa y llanamente, vivir, de la forma más simple que pudiera, sin anhelos, ni esperanzas, sin ilusiones, sin cuestionamientos, de esa forma hasta que dejara de latir su corazón, tan cansado, desgastado, roto y desgarrado.

Ya no podía recordar, cómo fue que todo llegó al lugar donde estaba. ¿De qué manera sus sueños quedaron reducidos a pedazos? Quienes predicaban la salvación divina para todos, se la había negado. Ya no se trataba para ella de, solamente esperar el último suspiro. Se trataba de cómo podría pasar el tiempo ante tanta resignación. ¿Podría su cuerpo aguantar la vida de tortura que ella misma se aplicaba?

-Algún día, es posible, tendré esas ganas de vivir que son capaces de movilizarme. Hasta tanto, solo me limito a esperar. Solo esperar.

Dijo para alguien para todos, o para nadie. Lo dijo en voz alta mirando cómo se despejaba el cielo sin haber prestado atención a si había alguien a su alrededor que pudiera replicar.

La sociedad la había condenado sin mérito alguno y ella cansada, sólo aceptó la parte más inhumana y retrógrada de una sociedad desigual.

Un día indiferente

Dante Caballero

Ahora ya no siento, ya no sufro, ya no río. Aquello que antes me alegraba o me deprimía ahora me es indiferente.

Todo comenzó el viernes pasado y todo terminó allí también. Me dirigía camino a mi casa yendo por la misma calle que transitaba todos los días cuando, de repente, un auto salió de la nada y por una mala maniobra, impactó su parte delantera contra mí. Lo último que recuerdo es escuchar de manera distorsionada a dos médicos que intentaban trasladarme a una camilla, ya en mi cuerpo no sentía dolores ni desesperación. Siendo más sincero, ya todo me era indiferente. Comprendía que ya no existía, ni había tiempo para preocuparme por los demás, ya que esos eran, tal vez, los últimos diez minutos de mi vida, y solo eran en mí en quien pensaba. Recordaba mi corta y desnivelada existencia, con todos los altibajos inimaginables, pero que ya no me importaban, se terminaban junto conmigo. Así pasé gran parte de mis últimos minutos, acostado en una camilla, dentro de una ambulancia que intentaba llevarme al hospital más cercano, pero esa idea ya era insignificante en mí, ya que a cada cuadra que recorría la ambulancia, mis ojos y mi conciencia se cerraban más.

No recuerdo cuál fue mi último recuerdo y momento en el mundo de los vivos, de pronto sí, había dejado de sentir, de ver u oír distorsionadamente las cosas que sucedían en mi entorno. Podría decir que mi muerte no fue trágica, no fue triste debido a que me encontraba solo en ese desafortunado momento y fue esa la razón que permitió que mis últimos momentos sean ocupados en preocuparme solo por mí, asumiendo de un modo muy efímero mi despedida, mi velorio y quiénes estarían presentes en él.

Y por último, sabía que siempre estaría en el aire fresco de una costa porque iba a ser cremado y mis cenizas serían arrojadas al mar de Villa Gesell para sentirme así liberado de una vez por todas.

Bitácora

María Florencia Cabanelas

Jueves 8 de junio de 2017

Día 1:

Escribo este diario para las futuras generaciones. Así como un soldado en la guerra o un preso en su celda espero que estas palabras no sean en vano, espero que lleguen a las manos de otros hombres, que no se conviertan simplemente en manchas de tinta en el papel.

Esta mañana, todo transcurría como de costumbre (café, tv, planificación del día) hasta que de repente, se produjo un apagón: no había luz, mi celular no funcionaba, ni siquiera el teléfono fijo.

Salí a la calle al igual que muchos de mis vecinos y ahí comenzó la terrible odisea que planeo contar.

Un agudo sonido atravesó el aire y le siguió un silencio corto. Luego, una voz mecánica (como cuando reproducimos una palabra en el traductor virtual) dijo: “habitantes de la Tierra, no venimos en paz”, y antes de que logremos entrar en pánico, una especie de fuerza nos levantó cerca de tres metros sobre el suelo, como un imán invisible.

Otros cinco (los presentaré más adelante) y yo quedamos prácticamente pegados uno al otro, nos soltamos agarrándonos de algunas ramas de árboles que teníamos cerca. Al caer, uno (no recuerdo quién porque todo se dio muy rápidamente) creyó mejor que nos ocultáramos en las cloacas y así lo hicimos.

Ya pasaron catorce horas y, desde entonces, planificamos minuciosas salidas cada una hora para buscar a alguien que quizá, al igual que nosotros, pudo desmagnetizarse de esa fuerza que no sabemos cómo desapareció al resto de las personas, como si las hubiera pasado a otra dimensión.

Todo es incierto ahora. Solo es clara la idea en mi cabeza de que el fin está cerca, que no hay forma de evitarlo y que quiero ser eterno aunque sea a través del papel.

Zapatos rojos

Zulema Capella

Zapatos rojos, ¿Cuántos ya no están en los pies de una mujer, una niña, una adolescente?

Cuando vas por la calle sola, distraída y de repente un auto disminuye la velocidad por el simple hecho de que hay una loma de burro, te percatas que tenés que caminar más atenta.

Pero, ¿por qué más atenta? Porque no sabés si de ese auto se podía bajar alguien que te arrastre hasta ese vehículo, te lleve a un lugar desconocido, te saque la ropa, te toque sin que vos quieras y en fin que te mate y seas otro zapato rojo.

O que te pongan un zapato rojo y te lleven a otra ciudad, otra provincia y te obliguen a tener relaciones con cualquier cerdo.

Ese cerdo que también tiene una hija, o capaz no, sin embargo, tiene una madre, una esposa a la cual no respeta y se la pasa denigrando.

Ese cerdo que todo el tiempo está reproduciendo dichas acciones machistas, las cuales tiene naturalizadas y nadie lo para, porque piensan que tiene razón. Es un cerdo, un enfermo, pero para este sistema es un hijo sano del patriarcado.

Que sabe que vos estás ahí porque otro cerdo te desterró de tus zapatos rojos y te colocó otros que vos no querías porque tenías la esperanza de ser una periodista en un futuro.

De viajar sin miedo a todo lo que te pasó o te está pasando, no te tocará. De sentirte libre cada vez que camines sola, de salir en short porque hace calor sin miedo a terminar en un descampado,

Tenías tantos sueños, tantas ganas de vivir, amigas a las que pedías por favor que te avisen cuando lleguen a sus casas, que anotaran entre todas las patentes de los remises que se tomaban y por el grupo de *Whatsapp* iban charlando para que no sentirse en peligro.

Hoy no les pudiste avisar vos, porque no llegaste, porque ese cerdo te llevó, te llevó para siempre.

Dejando una mujer sin vida, con todas las ganas que vos tenías, dejó una familia sin vos, un grupo de amigas pensando en quién va a ser la próxima. En fin, dejó otros zapatos rojos sin pies vivos o muertos en vida.

Duendes en el Senado

Vanesa Lucía Carreras

A las veinte horas posteriores a mediodía, del primer día del año del año 2016 del calendario cristiano, en las inmediaciones de la Avenida 9 de Julio, arribaron un centenar de duendes.

Esta invasión, fue denominada por expertos e intelectuales como “la conquista de pequeños gigantes”. Concebían que no existía relación alguna entre el tamaño, diminuto al extremo, de estos seres especiales con su actitud avasallante y revolucionaria. El objetivo de los duendes era tan indescifrable como comprensible al mismo tiempo: lograr el reconocimiento de la humanidad y la posterior convivencia en sociedad.

Para lograr sus intenciones, los duendes iniciaron una ardua e imponente tarea de análisis. Estudiaron las problemáticas económicas del país. Analizaron los obstáculos políticos y las desigualdades sociales en la región. Asistieron a cumbres del Mercosur y se reunieron con las máximas autoridades del Parlasur. Se contactaron con los medios hegemónicos de comunicación para lograr participación y generar consenso. Viajaron en sus vehículos fugaces a la provincia de Jujuy, para conocer referentes de la organización Tupac Amaru. Marcharon por las calles. Se organizaron y pusieron, literalmente, en los zapatos de tacos altos del “Ni una menos”. Era tan irónica como comprometida la actitud y tarea de estos duendes, que la sociedad los consideró al punto que se les propuso mayor liderazgo.

Así, transcurrió todo el año y el siguiente, en presencia de seres especialmente pequeños pero majestuosamente gigantes. La denominación que los expertos e intelectuales les habían concebido era la más apropiada en décadas y hoy, los duendes, buscan ascender la supremacía de sus decisiones al poder soberano. Con la aprobación de la Ley Nacional N° 1528/17, autodenominada “Será magia”, se generarán espacios en todos los ministerios y secretarías, bancos en el Senado, cancillerías en la región y lugares de participación en discursos conferencias y auditorios internacionales.

Ojalá sea esta especie la que logre incorporar el real sentido social y político del país y la región. Ojalá sea el diálogo y la unión lo que haga emerger el sentido de las palabras y hechos de empoderamiento. Ojalá sea magia.

La realidad de la ficción

Juan Bautista D’Alfonso

Vergonzoso, tímido, inhibido, introvertido. Los cuatro lados que configuraban el cuadrado de soledad de Babiaca. Joven, de quince años, que padecía un profundo miedo a la desolación y a pasar el ridículo. Nació bajo el amparo de sus padres conservadores, siendo el único niño de su círculo familiar. Como consecuencia de esto, a Babiaca le costaba mucho establecer

relaciones sociales y crear lazos afectivos, sumado a que todas las bromas de sus compañeros tenían un mismo blanco: su persona.

Babieca tenía la esperanza de poder enfrentar de una vez por todas, su recóndito miedo que tanto lo atormentaba, y ser tan sólo, uno más de todos sus compañeros. Intentó con distintas estrategias, como regalarle objetos a sus pares, hacerles la tarea y hasta permitir que lo difamen e insulten. Sin resultados, decidió incursionar en el teatro, donde encontró un brillante talento. Arriba del escenario era otra persona. Totalmente desenvuelto, verborrágico, vivaz y creativo. No tenía escrúpulos. Poseía la habilidad de poder improvisar e interpretar los distintos géneros, produciendo en el público la inexplicable y conjunta sensación de alegría y tristeza.

Como cierre de fin de año, los docentes propusieron interpretar una obra de teatro a todo el curso, con el objetivo de recaudar fondos para el hospital de la ciudad. Los estudiantes decidieron realizar una obra propia y pusieron a Babieca como personaje principal para que sufra el ridículo ante el público. No se percataron del detalle de que arriba del escenario, él era otro.

Llegado el día de la función, Babieca debía interpretar a un bohemio al cual su mujer había engañado con otro hombre, había perdido su trabajo y padecía la enfermedad de cáncer. Finalmente, el bohemio lograba reponerse ante la adversidad y encontraba la felicidad. El joven interpretó a la perfección el personaje, generando emoción en el público y sorpresa en sus compañeros. Además, logró superar su miedo a la ridiculez porque sus compañeros quedaron anonadados al verlo, pero el mayor asombro de todos se produjo al final de la obra. Babieca, fiel a su improvisación, decidió cambiar el desenlace. Utilizando un arma de fuego, el bohemio, luego de la adversidad de sus causas, decidió quitarse la vida. Babieca efectivamente disparó sobre su cabeza.

El personaje había superado la realidad.

Esperanza Victoriana

MirénEcharren

Y así fue, su madre lo había abandonado en un primer momento y la castigaron. Tal vez hubiera sido mejor si la hubieran convencido de que si lo criaba no la matarían, pero por alguna razón se dio así.

El pequeño no cayó en la soledad, no murió (si es lo que se imaginaban). Una pareja que se encontraba por el mercado, comprando su comida como todas las semanas, lo vio y les generó tanta pena que decidieron llevarlo a su casa. Era la pareja Wild, señor y señora. Estos se encontraban en una muy buena posición económica y, lamentablemente, nunca pudieron tener hijos. Decidieron llamar al pequeño Math y prometieron que cuando el niño tuviera diez años le contarían la verdad de su pasado.

Las condiciones de la época eran difíciles, me refiero más que nada a la posibilidad de criar un bebé de tan solo unas horas de nacido. Costó, pero con algunas medicinas caseras, buenas mantas y fuego para el frío de la noche, pudo lograrse que el pequeñito sobreviviera. Además, la sirvienta de la casa tenía un bebé de seis meses y aunque ya no le daba más el pecho, decidió ayudar a la pareja Wild llevándole un poco de su leche.

Así pasó el tiempo y el pequeño creció, cumplió dos años, cinco años, siete años, diez años, catorce años y sus padres pusieron el mejor empeño para que el joven fuera una buena persona, de buena clase y pudiera casarse con una mujer que tenga una buena posición económica.

Fue así que tan solo siendo un joven de catorce años, le presentaron a Mary Wilson, una joven de su misma edad, de una familia muy rica.

Por la cabeza de Math lo último que pasaba era casarse. El joven quería estudiar, le entusiasmaba la literatura, obras como *Oliver Twist* de Charles Dickens, ya que en cierta forma, a pesar de que él nunca estuvo en un orfanato, se reflejaba en Oliver, un personaje de la novela que fue abandonado por sus padres.

Pasaron los años y Mary y Math se hicieron amigos, hasta que los dos cumplieron dieciocho años y comenzaron a sentir cosas uno por el otro. Decidieron casarse y vivir juntos.

¿Realmente estamos solos?

Gilda Fantín

Caía la tarde de domingo, eran alrededor de las siete de la tarde cuando vuelvo a agarrar el celular para entrar a *Twitter*. Luego de chusmear el *timeline*, decidí salir de la aplicación pero un *tweet* me llamó la atención, “@Val.Urq No puedo creer que sigan pensando en que esto sea verdad, seguro es prensa para alguna película. No dramaticen. #EstamosSolos?”

Opté por entrar a la “famosa tendencia”, cuando di click, varios tweets empezaron a aparecer. Algunos riéndose de la situación, otros pasándolo por alto y otros realmente preocupados por el asunto.

Le *directweet* a un post que decía: “#EstamosSolos? Ahora realmente dudo si estoy sola”. Junto a una foto de ella apuntando a la puerta de su habitación que estaba entre abierta.

El día pasó y la gente estaba presa de miedo por las cosas extrañas que sucedían y los medios no perdieron su tiempo.

El noticiero de la noche decidió hacer un móvil en una de las supuestas zonas, donde habían pasado hechos “extraños”, para calmar a la gente y para que vean que nada pasaba. En un abrir y cerrar de ojos, mientras el móvil estaba en vivo, la luz de todo el lugar disminuyó y un apagón repentino tomó de sorpresa a todos en ese momento. Lo último que se vio en la transmisión solo fue oscuridad. Eso logró que todos los televidentes se empiecen a preocupar y a preguntarse si realmente estábamos solos.

Pánico en la red

MarilinaFeitoArsuaga

Hacía demasiado calor, llevaba horas, sentada en la reposera esperando que algo interesante pasara. Ni siquiera mis amigos estaban como para organizar algo y salir del aburrimiento. Tenían la suerte de estar en la playa y no en el patio aburriéndose como yo.

-Nos vamos a la casa de la abuela- gritó mi mamá desde la puerta.

Solo asentí con la cabeza y seguí mirando las nubes pasar sin esperanzas de hacer algo más interesante. Poco duró, ya que tenía mi celular y no se me ocurría otra cosa más divertida que entrar en las redes sociales y enterarme de absolutamente todo. *Facebook* solo lo revisaba cuando me etiquetaban en alguna foto, prefería usar *Twitter* e *Instagram*. En éste último me quedé media hora admirando las fotos que subían mis amigas en la playa.

Decidí pasarme a la red del pajarito porque ya no había nada nuevo para ver. Leí algunos *tweets* graciosos para entretenerme. Pero un *hashtag* fue el que llamó mi atención, se encontraba primero en tendencias y mis amigos ya habían escrito algunos tweets usándolo. “#PuntoEnElSol” estaba invadiendo toda la red social. Las personas explicaban que habían mirado al Sol y vieron que un punto negro, de tamaño regular, se ubicaba justo en el medio.

Después de leer varios *tweets*, me dije a mi misma que podía comprobarlo.

Sin mucho problema, dejé el teléfono y miré para arriba. Allá estaba, no pude permanecer mucho tiempo mirándolo pero lo suficiente como para ver el famoso punto. Entré otra vez a *Twitter* para ver qué otras cosas ponían sobre eso. Definitivamente, el aburrimiento se me había ido.

Muchos aseguraban que se estaba haciendo más grande a cada momento. Aquellos que sabían un poco más, certificaban que no se trataba de un eclipse. Las dudas de qué era abundaban, algunas páginas de noticias difundían el hecho pero nada más. No había ninguna respuesta científica que explicara el fenómeno.

Entre los muchos tweets uno llamó mi atención, tenía una sola palabra; extraterrestres. Apenas unas pocas personas le dieron *retweet*, decidí ser una de ellas por el sólo hecho de que me había parecido gracioso. Me cansé de leer así que dejé el celular y me recosté.

Desperté un poco desconcertada, no había estado en mis planes dormirme. Tomé el celular y miré la hora, eran las cinco de la tarde, sólo media hora había dormido. Pero me pareció extraña la tenue oscuridad que había para la hora que era. Miré el cielo y todo mi cuerpo se heló. El Sol ya no estaba, una gran mancha negra había ocupado su lugar.

Lo primero que pensé fue en *Twitter*. Entré y a los pocos segundos el inicio se llenó de personas presas del pánico. El *tweet* de los extraterrestres ya tenía miles de *retweets* y cientos de respuestas cuestionando o preguntado el origen de esa afirmación. Las noticias aseguraban de que se trataba de algo fuera de este mundo y que en poco tiempo esa mancha tocaría la tierra.

El miedo estaba en todas las redes, nadie sabía qué hacer con exactitud. Algunos aconsejaban armarse y encerrarse hasta que lleguen estos seres. Fotos de personas con armas y bloqueando puertas y ventanas de sus casas. Tutoriales de cómo protegerse habían sido subidos apenas hacía unos minutos.

Mi respiración se comenzó a acelerar, corrí y me encerré dentro de mi casa. Aún estaba sola, no tenía noticias de mis padres, esperaba que hubieran encontrado algún lugar seguro. Prendí la televisión y un noticiero fue lo primero que apareció. Hablaba de una supuesta zona segura donde estos extraterrestres no podían encontrar a las personas. Pero estaba lejos, en otro continente. Era imposible.

Las ventanas comenzaron a vibrar como si hubiera un sismo. Las plantas se agitaban como si un tornado estuviera pasando cerca. Un ruido insoportable comenzó a sonar, parecía una especie de avión o helicóptero.

Estaba aterrada, hacía varios minutos que había comenzado a llorar. Me agaché apretando mis dientes y tapándome los oídos. Estaba sola y ahí afuera había algo de otro mundo. Quería a mis padres, por lo menos abrazarlos. Grité como si eso fuera la solución. Sentí que una mano me movía, abrí mis ojos y estaba mi madre. No había más ruido, todo estaba en calma y yo acostada en la reposera.

-Te quedaste dormida, vení a cenar- dijo mi madre con una sonrisa.

Estaba oscuro, miré el cielo y el Sol ya no estaba. La Luna lo había suplantado. Todo estaba en calma, no había nada raro. Ni en mi patio, ni en *Twitter*. Sólo humanos.

Y el periodismo también lo ocultó

Marina Fiorini

Un ruido aturdió sus pensamientos, el dolor inundaba su frágil alma de mujer. Quizás era la primera vez, pero no, no la última. Miraba con los ojos empapados en lágrimas a esas próximas víctimas de tan desagradable hecho.

Sólo ella escucha, sólo en las penumbras. ¿Por qué? los gritos llenan es espacio hostil y tenebroso en el que se encuentran aquellos seres, llenos de pureza e inocencia.

Frío y solitario, mugriento y desagradable. “Empapelado” de basura y suspiros de angustia. La gente, hacia oídos sordos, ella desde arriba rezaba para que su historia no se siga repitiendo.

Y...en ese preciso instante, en ese establecimiento educativo que “proporcionaba” seguridad. Saludos, otra vez. El lugar se tiñó por completo de color rojo intenso, y de nuevo un espíritu ingenuo perdió su libertad de vivir.

Ella no lo podía evitar, ya no estaba en este mundo, pero, quería que los “ciegos” vean la realidad que se les presentaba ante sus ojos. O quizás esto les convenía ¿no veían a no querían ver?

Siendo la presencia oculta de tantas muertes, al fin lo entendió, un plan macabro había detrás de todo.

Años atrás pidieron que en la planificación de aquel espacio, disfrazado de facultad, se encuentre un lugar de más o menos un metro, para satisfacer las necesidades de los más poderosos. Pero en total silencio y confidencialidad.

Y en lo más alto de nuestro cielo la primera en sufrir de esos deseos malignos, comprendió, que eso iba a seguir pasando. Era el sitio perfecto creado con todas las precauciones. El que pasaba no escuchaba y la muerte cada día a una nueva niña acechaba.

Ella encandilada por la luz de la luna pensó “yo fui la primera, ellas ahora están a mi lado. Estamos observando juntas el lugar al que volveríamos siempre. ¿Irónico no? ahí nos sacaron nuestros sueños, nuestro futuro.

Queremos volver para salvar, ayudarlas como no hicieron con nosotras. Este fue nuestro destino, pero, podemos evitar el de ellas”.

No quiero

Florencia Gago

No quiero sufrirla, no quiero padecer cómo pasa por mi cuerpo el tiempo que quiera, como si éste fuera suyo, como si pudiese ir asomando dentro mí, poco a poco.

No quiero sentir cómo se va expandiendo en mí, como el pasto silvestre se expande poco a poco en terreno abandonado.

No quiero convivir con ella hasta que ella lo decida, hasta que decida comerme por completo. Tampoco quiero ver cómo el fuego arde alrededor mío, hasta consumirme por completo, como consume a bosques enteros sin lamentarse por lo que vive dentro de éstos, porque tampoco se lamentaría por lo que vive dentro mío, mis sentimientos o mis esperanzas.

Ni tampoco quiero sentir cómo el agua corre a mi alrededor, llevándose todo de mí, como corre montaña abajo arrastrando todo a su paso.

No quiero sentirla más de un minuto. Quiero que llegue de golpe, sin darme cuenta, que no me deje sufrir ni un instante.

Y que llegue cuando sea tan vieja como el puente de mi ciudad, que éste sí que es viejo. Y que me deje disfrutar de la vida para luego aferrarme por completo a la muerte.

Y que no lloren por mí, que no se lamenten, porque finalmente me tocó.

La causa del teatro

Pablo Golnner

Era una mañana muy hermosa de marzo, en la que Martín se levantó de muy mal humor y con unos chicos gritando, que casualmente eran sus hijos. Les gritó y les pegó para que se calmaran, y en ese instante se levantó su mujer y madre de sus hijos, quien intentó calmarlo. Fue ahí cuando Martín le dio una cachetada en el rostro. Esta no iba a ser la primera vez que le levantaba la mano.

Enojado salió camino hacia la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata, donde se hacía laExpo Ingreso, en el cierre del curso introductorio. Se encontró con sus amigos y decidieron ir al aula 8 para participar de un teatro ciego que lo llevaban a cabo los estudiantes de la comisión 3.

Entraron sin saber de qué se trataba la obra, le vendaron los ojos y quedaron parados en el medio del aula. Al rato, empezó la obra y se escucharon gritos y ruidos de calle. Era Pablo, el estudiante de la comisión, que estaba encargado del acoso callejero. Unos instantes después, vio que a Martín le causaba gracia el tema que estaban planteando, entonces decidió con los chicos hacerle pasar un mal momento para que sienta en carne propia esa situación.

Llegó el tema de maltrato familiar y a Martín se lo vio asustado y preocupado. Los chicos de la comisión estaban contentos sabiendo que le había impactado lo que pasaba. A los cinco minutos, se escucharon unos ruidos de llanto y desesperación. Era Martín que no había podido aguantar más y se había sacado la venda de los ojos y había abandonado el aula, para salir corriendo hacia su casa. Los chicos, desconcertados, siguieron con la obra.

Martín llegó a su casa y abrazó a su mujer y a sus hijos; atormentado, les pidió disculpas, demostrándoles todo su arrepentimiento.

Como mi abuela

Verónica Herlax

Nunca me cuestioné cómo iba a ser el día que la muerte llegara, tampoco nunca imaginé de qué me iba a morir. Si soy sincera, no lo hice porque es un tema que me genera mucha angustia y tristeza.

He pensado en la muerte de mi mamá , papá o algún familiar cercano y al darme cuenta que no los iba a tener más cerca, no iba a escuchar más su voz, ni sentir sus cariñosos abrazos, sentía un dolor muy fuerte en el pecho que terminaba en un silencioso llanto.

Cuando era chica, tenía ocho años, mi abuela materna, la abuela Queca, como le decíamos, falleció de manera natural. Ella pasaba mucho tiempo con nosotros.

Recuerdo que cuando con mi hermano mellizo Esteban y mi hermana Emi, salíamos del instituto de inglés e íbamos a su casa, nos esperaba con un delicioso yogur casero de vainilla o en invierno, con una barra enorme de chocolate amargo, que nunca volví a comer.

Cuando era el cumpleaños de alguno de mis hermanos o el mío, nos cocinaba riquísimas cosas para comer, como galletitas con formas de animales que me encantaban, pochoclo dulce y salado, y no puedo dejar de nombrar el famoso lemon pie de la abuela Queca. Era exquisito.

Tengo recuerdos muy lindos con ella y todos los días la extraño un poco más.

El día de su velorio, recuerdo estar parada al lado de su ataúd y alegrarme de alguna forma porque no había sufrido, no sintió nada.

La cremaron en Gualeguaychú, una ciudad cercana a la mía y esparcieron sus cenizas en los lugares donde ella quería.

Ahora pienso y reflexiono acerca de la muerte. Quiero que sea así, como le pasó a mi abuela. No sentir nada, ni sufrimiento, ni tampoco angustia por saber que pronto la muerte va a llegar. Sabiendo que viví la vida que quise, disfrutándola y rodeada de personas que amé y admiré. Además, quisiera que me cremen y esparzan mis cenizas, como lo hicimos con mi querida abuela. En mi caso serían en las playas de mi ciudad y en el río, Río Uruguay.

El otoño es de ellos

María Huarte Bonnet

Empezaba el otoño, era un día especial para ella. Estaba contenta. Disfrutaba arrancar su mañana quedaban en los árboles. Vestirse con sus colores favoritos, que combinaban con el día. El sol de las primeras horas era su favorito. Sus rayos atraviesan las ramas y calientan el aire frío de la mañana.

Buscaba caminar por los marrones, amarillos y naranjas de las hojas. Le gustaba escuchar el ruido que hacían bajo sus pies. Crujían con fuerza. Intentaba aferrarse a esa sensación para ignorar lo de todos los días. Los comentarios que simulaban halagos, pero no eran más que inofensivos para ella. Para todas. Hombres que parecen divertirse al ver como baja la cabeza, como no puede hacer nada más que sentirse indefensa. Sola.

Momentos así, más de los que ella o cualquier otra mujer desearía, es cuando recuerda una exposición que vio. Ponete en mis zapatos se llamaba y estaba dirigida a ellos. Ellos quienes ignoran la impotencia que generan, que logran que ella siga con su día, porque debe hacerlo, sin la misma alegría con la que lo comenzó. Porque sabe que no puede defenderse, no puede dejar de sentirse lo que no es. Porque no es un objeto, pero así la muestran, así la tratan.

Le duele, se enoja, pero sigue. Pero la miran. Ojos extraños que expresan deseo, burla. Y sigue. Pero le hablan cerca, muy cerca de su oreja.

Siente miedo, ya no confía en nadie. Ponete en mis zapatos, piensa de nuevo. Se enoja aún más. Que distinto sería si pensarán como ellas, que vieran como se sienten, como sufren, que tan indefensas y vulnerables están. Basta, piensa, por qué no pueden contenerse, por qué no se dan cuenta que no nos gusta escucharlos, que odiamos escucharlos, que arruinan mí y nuestro humor, el humor que ya no es mío ni nuestro, es de ellos.

El miedo de volver sola a la noche, o peor, de no volver. Ponete en mis zapatos. Lo piensa muchas veces más de las que debería. Es consciente de eso, pero lo acepta. Termina el día, triste. El otoño parece lejano, sus colores ahora más gises, el café ahora amargo y fuerte, las hojas que ya no están en los árboles. Comienza a olvidarse de lo que le gustaba de las mañanas. Las calles antes repletas de hojas secas, ahora están llenas de historias, de dolor. Ellas no pudieron defenderse ¿Cómo podría hacerlo ella entonces?

Se repite una vez más ponete en mis zapatos, está cansada.

Libre al fin

Lucía Jofré Vidal

Del otro lado de la estancia, en el salón de tapices, se encontraban solos los dos. Él no estaba totalmente seguro de hacer lo que pensaba. Pero sabía que si no era en ese momento, no volvería a ser, no creía que alguien más podría aparecer y preocuparse por él de la forma en que Virginia lo había hecho. Además las ganas de ser libre de una vez por todas le carcomían su frío, viejo y horrible cuerpo. Por lo tanto, prosiguió, con un nerviosismo que nunca había sentido en su vida.

La mente de Virginia no paraba de hacerse preguntas. “¿Qué hará conmigo? ¿Me hará algo malo? ¿Debo seguir con esto?”. Pensó varias veces en soltarle la mano a Simón y huir. Pero cerrando con fuerza sus ojos se convencía de que seguir adelante era lo correcto. Teniendo ella el poder de liberarlo, quería hacerlo, quería ayudarlo.

Luego de mirarse fijamente a los ojos durante unos segundos, Simón se acercó a ella y volvió a besarla, esta vez por más tiempo. Al ver que la joven respondía a su beso, movió su mano desde la mejilla de la muchacha hasta su espalda y, mientras la acariciaba, comenzó a quitarle las blancas vestiduras.

En ese momento, el corazón de Virginia latía muy rápido. Las manos frías de él recorriendo su cuerpo le ponían la piel de gallina. Después de unos momentos, gracias a la amabilidad y suavidad con la que él la trataba allí, en esa mullida alfombra donde se encontraban acostadas, logró entrar en confianza y recuperar el calor. En un par de fugaces ocasiones, se le vino a la mente su madre y las veces que le había dicho que las muchachas debían hacer eso con los hombres para convertirse en mujeres.

Momentos después, Simón sentía como estaba a punto de liberarse. Pero antes de marcharse, le agradeció a la muchacha desde lo más profundo de su alma por finalmente convertirlo en hombre y permitirle ser libre. Le dijo que también se arrepentía por todos los malos actos que había cometido. Como muestra de agradecimiento le dio un pequeño cofre con joyas. Le dio un beso en su mejilla sonrojada y partió.

Pánico

Sofía Lucich

Como una ola expansiva, la noticia llenó el lugar de caras sorprendidas, desesperadas, asustadas. Cada vez eran más los ojos iluminados por los destellos de las pantallas de los celulares que, por lo bajo, escondidos, invadían la atención de los que compartíamos aquella aula.

En cambio, la voz de la profesora parecía ser cada vez más imperceptible. La tensión era palpable, cobrando fuerza y luchando contra los esfuerzos de la pobre mujer en conseguir la atención de los estudiantes.

Muchos se reían, otros se levantaban abruptamente y huían despavoridos de la clase.

No entendía, me desconcentraban. ¿Qué pasaba? Finalmente, decidí resolver mis dudas. Presa de una autoconvocación que me frenaba a sacar el celular de mi mochila, me quedé estática. Las cortinas no estaban cerradas como siempre. El reflejo de la luz a través de las ventanas no dejaba leer lo que estaba escrito en el pizarrón. Quizás alguien tuvo la valentía de abrirlas, o tal vez se corrieron solas. No lo sé, no lo distinguí.

El mundo parecía haber cambiado su forma habitual de ser. El tiempo se frenó y yo, como estatua, era una simple espectadora de esta alteración: el cielo cambió su color, una noche repentina. La gente corría, las caras pegadas a las ventanas observaban horrorizadas el panorama.

Pero no se escuchaba nada, los labios movían, los sonidos no los percibía. Un imán me atraía a ese banco que, irónicamente, en tantas ocasiones tuve ganas de saltar de él. Era desesperante, quería saber. ¿Qué pasaba?

Nunca supe. Sentí un golpe frío en la frente y mis músculos contraídos y adoloridos gritaban de felicidad al poder moverse después de tanta tensión.

Y no estaba en el aula. Las paredes blancas y las grandes ventanas desaparecieron. Los bancos y los gritos silenciosos era un fantasma. Esto era un piso, esto yo lo conocía. Era mi pieza: ésta era mi casa.

Sumate a la lucha

Julia Lugli Arroyo

Era tu primera marcha en una ciudad ajena. Todavía no conocías las calles, menos esas famosas diagonales. Habías decidido hacer un cartel que denunciara esas situaciones que te hacían sentir inferior. Estabas sola, así que tuviste que decirte por alguna bandera. Te llamó la atención unas chicas vestidas con un delantal verde y pelucas fucsias. Te ubicaste a un costado de su columna, observando a esas mujeres. Te diste cuenta que cada mujer era una historia, unas tenían las caras pintadas de colores y figuras, otras sólo tenían carteles.

Te ofrecieron un pañuelo verde, era de la Campaña del Aborto, gustosa lo anudaste a tu mochila. Ya preparada, alzaste ese cartel que expresaba tu verdad. La marcha comenzaba, así que caminaste y cantaste.

Era un festejo. Algunas bailaban, otras tenían un megáfono con el que cantaban esos himnos de su lucha. Te costaron algunas letras, pero con un poco de concentración las aprendiste. Te incómodo como te miraron algunas personas desde la calle y comenzaste a bajar tu voz. Entonces te enojaste contigo mismo ¿Cómo ibas a callar tu voz?! Enardecida gritaste con más fuerza las canciones y levantaste el cartel más alto.

Reconociste la calle donde te encontrabas, sabías que se acababa la marcha, se acababa tu libertad. La gente empezó a adentrarse en la plaza, más calmada. Te tranquilizas, miraste alrededor y escuchaste los discursos.

Volvías a la realidad. Mientras caminabas a la parada del micro, por miedo guardaste el cartel en la mochila y desanudaste el pañuelo, pero esta vez, lo pusiste en un bolsillo, para sentirlo cerca. Volvías a callarte, a sentirte un objeto. Andabas con la mirada baja, no sea que alguien te grite algo. Ese miedo que te hizo guardar el cartel y el pañuelo; era ese miedo de volver a la realidad.

Una realidad donde la mujer es inferior al hombre.

Ese horrible jardín

Daniela Lujan

Iba caminando por un hermoso jardín, lleno de rosas y ramas que colgaban. Era una enredadera.

De pronto, me choqué con algo que no logré ver bien. Era una telaraña horrible, pegajosa, la tenía por mis manos, mi pelo y mi cara. No podía sacarla, estaba desesperada.

Miré hacia arriba y de la enredadera, que ya no se veía tan hermosa, colgaba una araña, una horrible, negra y grande araña.

Empecé a transpirar y a sentirme mal. Quería gritar, pero no pude lograr que ningún grito saliera de mi boca. Miré otra vez y ya no había solo una araña, había muchas más, que colgaban y caían de la enredadera al suelo. Estaban por todas partes, caminaban con sus feas y enormes patas por las rosas, por las paredes.

Estaba desesperada, muy asustada. Sentía mucho miedo y no podía decir nada; no podía lograr que de mi boca saliera una sola palabra.

El jardín se había vuelto una especie de pasillo, oscuro, frío, y con una puerta negra al final. Algo me decía que tenía que ir hacia ella, pero tenía miedo, no quería dar un paso más. No quería cruzar por entre medio de todo eso. No quería ver una sola araña más cayendo de las ramas, pero algo, no sabría decir qué, pero algo me decía que esa puerta, era mi única salida. El pasillo era cada vez más angosto, y había cada vez más arañas, más telarañas. Me sentía cada vez más asustada y la puerta se veía cada vez más lejos.

Seguía queriendo gritar, sin embargo, no podía. Hasta que por fin, no sé de dónde ni cómo, tomé muchas fuerzas y grité. No, no había gritado. Estaba en mi cuarto. Estaba soñando, y ese grito había sido un suspiro de alivio. Todo había sido una horrible pesadilla. No puedo

explicar lo bien que me sentí al darme cuenta que sólo estaba soñando. Lo bien que me sentí al abrir los ojos y ver que estaba en mi cama, en mi casa. El jardín, el pasillo, la puerta y las arañas no existían, ya no tenía que preocuparme por nada. Solo estaba yo, yo y nada más.

Mi pesadilla

Esmeralda Maldonado

Osteomielitis crónica, ocasionada por una bacteria llamada *StaphylococcusAureus*. Este microorganismo habita en armonía sobre la piel en la mayoría de las personas, pero puede ocasionar graves daños si ingresa al torrente sanguíneo.

Con tiempos de actuación, lapsos en los que la bacteria se encuentra activa en el organismo del individuo, no determinados por la ciencia médica. Esta bacteria ocasiona secuestro óseo, carcome los huesos.

Luego de haber pasado un traumático procedimiento quirúrgico me encuentro con la patología en mi epicrisis.

Tres semanas de hospitalización que auguraban lo que de por vida sería mi mayor pesadilla.

Vancomicina, único antibiótico capaz de controlar el secuestro óseo ocasionado por la bacteria. Este antibiótico corroe las paredes de las venas por las que circula, generando ardor extremo en éstas, y la necesidad de buscar más vías de acceso para atacar a la bacteria.

Dolorosas canalizaciones (procedimiento donde se inserta un catéter en la vena para suministrar medicamentos) y tratamiento intrahospitalario que conduce al cuerpo y a la mente a introducirse en un estado de aceptación total que hace de la activación algo más llevadero. A su vez, genera la pesadilla constante de volver a repetir este episodio, en el cual las enfermeras, las agujas, el dolor y las historias de otros pacientes juegan un rol fundamental.

Una pesadilla que se ambienta con el sonido de una bomba peristáltica -instrumento que mide el conteo del medicamento que se les suministra a los pacientes-, los despertares a la madrugada por la interrupción de enfermeros suministrando medicamentos y la espera por ver en horarios de visitas a tus seres queridos.

Mi cuerpo

Jonathan Meider

A todos nos llega, tarde o temprano, en el momento menos pensado, o capaz que la venimos esperando después de una larga enfermedad. Uno nunca sabe lo que el destino nos depara, eso nos produce miedo, a lo desconocido, a lo extraño, a no saber qué pasa del otro lado.

Lo que todos queremos es disfrutar la vida, hasta el último momento. Yo en particular, cuando llegue ese momento, voy a donar mis órganos, aportar ese granito de arena y así darle una segunda oportunidad a las personas.

Lo que yo quiero es tener una vida normal, como cualquier otra persona, formar una familia, tener un trabajo, seguir con mis amigos de toda la vida, poder ser abuelo y disfrutar de ellos. Pero uno nunca sabe cuándo va a morir. Dormir y nunca despertar, al fin conocer lo desconocido de la muerte; pero todo en la vida no es color de rosa ¿Quién dice que no voy a morir cuando salga de la facultad? El destino todavía no está escrito y nadie tendría que jugar con eso, pero es tentador lo peligroso.

Sonará todo muy satánico, pero la vida es así, un momento donde no vas a poder decir nada más, de quedarse con las ganas de decirles a todas las personas importantes en tu vida lo mucho que significan para vos.

Por eso nunca te quedes con las ganas de nada, disfrutá al máximo todo lo que nos depara el destino, con sus buenas y malas, ayudá a todos los que puedas si es posible y sin que te importe nada, total, cuando nos morimos, el mundo solo se acuerda de las cosas buenas que hiciste.

Vivir la muerte y ser feliz

Florencia Mujanovic

Cuando toque el tiempo de partir, y abandonar esta tierra que cobija mi existencia, quiero hacerlo seguro, convencida de que hice todo aquello que debía, que siempre quise. Aunque la incertidumbre abunda a la hora de imaginar mi muerte, solo pido que no sea dolorosa. En reiteradas ocasiones la vida nos ha demostrado que el precio de obtenerla es ese: el dolor, el padecimiento. Solo pido piedad, y la posibilidad de pedir perdón en caso de que sea necesario -siempre lo es- decir una vez más “te quiero”, “te amo”, tomar la mano de mi amado y agradecerle por hacer de mi estadía en este mundo un lugar mejor.

En aquel momento en que mi familia deba soltarme y mis amigos aprendan a recordarme, preciso que juntos, festejen la posibilidad de coincidir. Pocas veces uno tiene la suerte de toparse con personas espléndidas, y si en aquellas alturas de mi vida, donde las arrugas recorren mis rostro y el cansancio se apodera de mi cuerpo, aún siguen allí, significa que algo más hice bien. Que logramos atravesar las barreras divisorias del mundo, para amarnos sobre el odio que prevalece en la tierra desde los orígenes del hombre.

Deseo que me entierren en un bello lugar, donde abunden los árboles y el silencio, donde sólo desde aquel sueño profundo, pueda percibir el viento y el sonido que sólo la naturaleza sabe propagar. Quiero que allí se planten flores sobre mí. Yo estaré allí, escuchando y renaciendo en cada pétalo, en cada color que adorne mi tumba.

Por favor, no sufran, disfruten lo que queda de vida, porque no es ella la que se va conmigo, sino que soy yo la que me alejo de ella.

Tengo la convicción de que cuando tenga que irme, lo haré feliz, y sobretodo agradecida de que cuando tenga la oportunidad de haberla sentido a cada paso, en cada poro de mi piel, por tener la posibilidad de recibir y dar amor. Les aseguro que incluso en el peor momento de tristeza, siempre es una buena ocasión para volver a empezar; y eso es lo que haré.

Entre el bosque, la brisa del mar, la risa de los que amo, la calidez del Sol, el frío del invierno y los cautivantes colores del otoño, en la sonrisa de un niño, en el aroma a café y tierra húmeda, ahí estaré esperando, viviendo la experiencia de la muerte, tal cual viví mi vida, disfrutando.

La semilla de la vida

Simón Muñoz

Para escapar de nuestros propios fantasmas, liberarnos de las cadenas que nos sujetan al destino, nos sumergimos en lo más profundo de nuestros deseos; aquel sitio en el que todos nos sentimos cómodos. Es la expresión vital de mayor envergadura, en su máximo esplendor. No distingue razas, ni edad, ni género; ni siquiera clases. Es por ello que nos hace más humanos. Hablemos sin pudor: el sexo es el mayor gozo del hombre. Es distinto a todo lo demás, no se concibe comparación alguna.

No requiere concentración, pues nos dejamos llevar por nuestras emociones. Nos deslizamos por la cumbre sentimental, y nada se nos escapa. ¿Qué nos detiene? No hay motivo. Queremos sentirlo todo: tocar, oír, saborear. Es mutuo. Nos desatamos de todas nuestras preocupaciones de una buena vez, y buscamos el placer. Creernos llenos nuevamente. Quizás podamos conseguir algo semejante en un abrazo, una risa, incluso una mirada; pero seguramente no en las mismas dimensiones. Sos vos por un momento, y no importa nada más.

Lo anhelamos constantemente, pero lo practicamos en la virgen oscuridad, en la clandestinidad. Cuando las velas no ardan más y salga la noche, brotará del alma nuestro ser, y la satisfacción erótica será inminente. En mayor medida si es compartida y se complacen unos con otros. Tal vez allí esté el secreto: buscamos que “el otro” nos llene, nos complete. La soledad mata al hombre a menudo.

Nos refugiamos en la humanidad de los demás, llenamos nuestros corazones vacíos, inundados de culpa, orgullo; un revuelto de emociones indescriptibles. Lo practicamos desde el origen de la vida; probablemente eso es lo más asombroso. Tenemos sexo para sentir

placer, y eso, a su vez, nos mantiene vivos. Reproduce la identidad de antiguas personalidades, generación tras generación. No hay que temerle, ni escaparle. Nos da vida, esa que florece en todos los rincones del universo ¡Qué no te avergüence! El amor es lo más natural, y en muchas ocasiones, se expresa sexualmente.

Piel

Agustín Ocaño

Virginia no podía decir nada, ni siquiera mirar la cara de su “querido” esposo. Cecil observaba en ella una actitud rara, casi al extremo de querer ocultar algo. Aunque jamás lograría adivinar tan elevada situación con sensaciones de riqueza interna.

La despampanante chica había encontrado el placer de la vida más allá de los lujos. El fantasma ayudó a que ella pudiera encontrar las verdaderas formas de enfrentarse a un mundo de conocimientos que nunca hubiese imaginado. Simón vio algo especial en Virginia, la definía como el oro máspreciado de su tierra fantasmal.

Sus miradas penetrantes indicaban que lo sucedido en tiempo y forma indeterminada iba a llegar a una caja vacía y oscura de amor mezclado con cariño. Las manos de él eran aterciopeladas y la cara de ella hacía muecas de dulzura. Un algodón nunca igualaría la tan delicada mezcla entre ellos dos. Sus labios estaban tan cerca que el ambiente se humectaba.

El abrazo era interminable. No querían separarse ni un instante. Ni uno quería dejar de existir por completo, ni otro volver con su ¿amado? esposo. Es que era tan fuerte la conexión entre Virginia y Simón que partía en dos el cielo que esperaba por uno de ellos. Sus cuerpos no se tocaban, sólo se rozaban. Ese juego enloquecía el corazón de ambos. Llegaron a encontrar la vida misma en un instante.

Sabían que el tiempo se agotaba y querían volar a una estratosfera con ida y sin vuelta. Se desparramaban con grandes suspiros de una única y última vez. Las huellas dactilares conocían los espacios del cuerpo, jamás vistos por el ajeno. Los segundos corrían una maratón, el minuterero casi indicaba el final. La despedida estaba en la puerta.

Nuevamente lograron encontrar sus labios de color carmesíes que recorrían el cuerpo para llegar a una boca que exigía no alejarse del placer. La eternidad no existía. Un viento apareció de la nada misma. Virginia se quedó sola en un piso tan frío como su corazón en ese instante. El fantasma había partido en paz, encontrando otra muerte más allá de la angustia. La preciosa Virginia se enfrentó ante los placeres que da la vida. Nunca hubiesen imaginado esa ayuda mutua que necesitaban ambos. Es que no lo notaban, pero la vida y la muerte tienen muchas cosas en común.

Luces de otro planeta

Lorena Ordoñez

Después de que Elisabeth sea secuestrada y torturada por la organización secreta del gobierno, la dejaron libre al fin. Su novio, Damián, había querido rescatarla pero las cosas se complicaron.

Su familia sabía que Elisabeth se enteró de la verdad de Damián, que era un extraterrestre. Y no solo eso, sino que la organización del gobierno que los protegía, se enteró de esto. Por eso se enojaron y secuestraron a Elisabeth con la intención de matarla, pero no lo hicieron.

Cuando se reencontró con Damián, no sabían qué hacer. Todos sabían la verdad. Ahora él tenía que proteger a su novia y a su familia.

De pronto, comenzaron a caer rayos de luz, miles y miles. Damián sabía lo que estaba pasando, los alienígenas estaban invadiendo la Tierra. Su misma raza...

Las cosas se estaban poniendo peor.

No tenían forma; eran una luz brillante que te cegaba los ojos.

Hacía tiempo que Damián no estaba en su verdadera forma, él tenía que fingir ante los humanos.

Cuando la pareja se puso frente a los miles de alienígenas, éstos empezaron a hablar en otro idioma. La cara de Damián se transformó en miedo.

Vinieron a la Tierra a acabar con la raza humana, ya no había motivo para ocultarse, ya todos sabían de su existencia. Él tiene bien en claro que debe proteger a aquellos que ama, aún si esto implica traicionar a su propia raza.

En medio de gritos y desesperación de la gente, él tenía que pensar en algo. Cómo solucionar este problema.

Debía unirse con la organización secreta del gobierno, aunque no quiera, para poder acabar con ellos. Eran los únicos que podían ayudarlo, pero sabía que nada podía derrotarlos. Él, siendo parte de esta raza, sabe perfectamente las habilidades que poseen.

Llegó el momento. Lo que tantas personas temían está a punto de pasar. El futuro de la Tierra está en sus manos.

Sana y salva

Agustina Padilla

Clara es una chica de veintitrés años que vive junto a sus padres y sus tres hermanos menores, en una casa normal, de un barrio normal, teniendo una vida normal. Al menos, eso piensan aquellos que dicen conocerla.

Todos saben que a Clara le gusta ir a bailar, pasear con sus amigas, pasar tiempo junto a su familia. También le gusta mucho el amor, será por eso que lo busca incansablemente en todas las personas, en todas partes. Usa mucho las redes sociales, por eso toda la gente sigue comprobando qué tanto la conocen. Saben cómo se viste, como posa, con quien se junta, cuál es su forma de disfrutar la vida.

En la noche del día del trabajador, sus padres hicieron una cadena en *Facebook* porque no habían podido comunicarse con ella en todo el día, y eso, era raro.

“Clara vive con el celular en la mano”. La cadena se difundió rápidamente. Aquellos más cercanos estaban muy preocupados, otros creían que ya aparecería porque seguro estaba con algún chico, todavía de joda. Claro, “Clara no ha dejado títere con cabeza”. Hubo quienes comentaron que se trataba de una travesura, que estaba escondida porque algo habría hecho, “Clara tiene una forma de ser muy particular”.

Diecinueve horas y treinta y cuatro minutos después de la última llamada que habían mantenido con ella, apareció.

En realidad, no se trata de aparecer. Acá no hubo magia, como tampoco hubo una búsqueda más profunda que la cadena que compartieron, a través de Facebook, mil cuatrocientas sesenta y seis personas. Clara fue quien llamó a la policía para avisar que estaba bien, en un pueblo muy lindo y tranquilo de la provincia de Buenos Aires.

No lo contó, pero estaba contenida por una persona que conocía ya desde hace un tiempo, que le daba seguridad y cariño. Estaba sana y salva.

La indignación en los menos no tardó en llegar. La catarata de insultos iba aumentando a medida que pasaba el tiempo. Los medios hablaban de lo acontecido junto a especialistas en mujeres que desaparecen o, al menos, eso parecían ser mientras hablaban con tanta soltura y seguridad sobre su casi desaparición. Las redes sociales, la sociedad en general, no se quedaba atrás.

“Es una irresponsable, ¿Cómo no va a dar aviso a sus padres?”, “nos tenías preocupados a todos”, “me dicen que ella y su pareja se reían mientras declaraban, y todos nosotros preocupados, buscándola por todos lados”, “no tiene vergüenza”, “creo que estaba queriendo ser famosa, espero equivocarme”.

El zócalo decía: “apareció sana y salva”... como si los decepcionara que no la hayan violado. Como si los decepcionara que no haya aparecido en alguna zanja, en algún basural. Muerta. Como si los decepcionara que haya aparecido con vida.

Clara se mató esta mañana. No dejó una carta en la que explicara por qué estaba tan triste últimamente, por qué tenía tantos moretones escondidos bajo la ropa, por qué tenía tanto miedo. No explicó por qué quiso esconder tanto dolor y, luego, huir de él. Clara no contó cuanto le pesaba aquella angustia que se hundía hasta lo más profundo de sus entrañas, sus músculos y sus huesos. No pudo contestar la pregunta que nadie le hizo sobre la pena que arrastraba cada día.

Clara no quería más problemas, ella solo quería vivir, aunque no supo cómo. Tampoco sabía que a nadie le importaría su valentía, porque solo era una “egoísta, irresponsable”, “una mala hija”, “una puta”.

La luz invasora

Gabriela Paredes

Un día frío, soleado y tranquilo en la ciudad de La Plata se vio interrumpido por secuencias de hechos extraños que movilizaron a toda la ciudad y, por qué no, al país.

Desde temprano las redes de comunicación comenzaron a funcionar de manera irregular y, si bien en un principio solo parecía un problema de los proveedores de internet, más tarde nos daríamos cuenta de que se trataba de algo más.

“Una luz extraña atravesó el cielo azul”, publicaban en las redes sociales algunos vecinos platenses y, rápidamente, las teorías de muchos comenzaron a surgir. Los noticieros y portales de internet también comenzaron a hablar sobre esa extraña luz en el cielo que atemorizó a algunos y sorprendió a otros.

Ya cerca del mediodía, la luz volvió a aparecer. Esta vez se quedaría por más tiempo y teñiría de rosa el cielo y las nubes. La gente comenzó a captar todo con sus celulares, algunos se detenían exclusivamente para filmar o sacar fotos y compartirlas en las redes sociales. Otros, solo se quedaban observando casi aterrorizados por la idea de que pueda tratarse de alguna invasión o catástrofe, como muchos ya murmuraban. De repente, se hizo de noche, algo sobrenatural o de otro mundo nubló el cielo, la luz rosa se fue transformando de a poco en un color más oscuro. La gente en la calle comenzó a desesperarse, los automovilistas también, algunos intentaban cruzar los semáforos en rojo y los peatones corrían buscando algún refugio.

A lo lejos, en el cielo, se veía asomando lento pero sin pausa una especie de nave espacial. Un ruido ensordecedor invadió la ciudad, mezclándose con los gritos de algunos que ya aseguraban que era el fin de la humanidad, mientras unos corrían otros filmaban sin ningún temor.

Luego de unas largas horas en las que el pánico inundó el país y especialmente a la ciudad de La Plata, la nave espacial aterrizó en la avenida siete sin importar qué había en su camino. El humo que largaba la nave impedía a las personas ver bien de qué se trataba, sólo se escuchaba a la nave que triplicaba el tamaño de algunos edificios.

Los más valientes se quedaron esperando afuera durante toda la noche para ver si algo salía de aquella misteriosa nave, hasta que finalmente, cerca de las tres de la mañana, salieron unos seres que nadie esperaba que fueran así, similares a nosotros físicamente pero un tanto más grandes.

Sorprendidos al vernos bajaron de la nave hablando en un idioma que solo ellos entendían, observaron a su alrededor y nosotros también, aunque no se produjo ningún tipo de acercamiento. Ellos nos tenían miedo y nosotros también, lo que no sabíamos era que algún día íbamos a poder convivir entre todos.

El lazo más fuerte

Brenda Pereira

Era una tarde lluviosa, decidí quedarme en casa de mi padre redactando un texto para una revista, pero un grito suyo me descolocó, provenía del living. Dejé todo y fui corriendo hasta donde él estaba, le pregunté por qué había gritado, qué le pasaba, se lo notaba alterado. Me dijo muy rápido que me escondiera, pero yo estaba paralizada.

No entendía lo que pasaba, tenía miedo. Él comenzó a llorar y me lo volvió a pedir, pero no como la primera vez, ahora me estaba suplicando; así que accedí sin pronunciar palabra.

Corrimos los dos hasta mi habitación, abrí la puerta del placard temblando, entré y me agaché; él tomó mis manos y me susurró un “te quiero” todavía entre lágrimas, con un tono tan triste que lo sentí una despedida. Nos fundimos en un abrazo, llorando los dos y se fue.

Estuve ahí adentro varios minutos, pareció una eternidad, escuché ruidos que cada vez se fueron acentuando más, gritos, cosas que caían al suelo y al final un portazo. De repente, todo fue silencio. No lo dudé y salí, estaba muy asustada pero fui a buscarlo, recorrí toda la casa, no estaba. Abrí la puerta y salí a la calle, estaba desierta, grité su nombre incontables veces, corría y no podía dejar de llorar, volvió a gritar lo más fuerte que pude. Me dejé caer al suelo frío y mojado, por fin lo había entendido.

No estaba y no se había ido, se lo habían llevado.

Ella

Juan Piazza

Su día comienza temprano como todos los días, para ir a estudiar.

Diecinueve años de edad, sonrisa grande, pelo largo, alta, así es ella. Se prepara para salir del barrio hacia la Capital. Se despide muy cariñosamente de sus padres y se va, claro, sin antes escuchar ese “cuidate” de mamá. Hoy se sale con miedo.

La mañana transcurre normal. Ella va al buffet y compra un alfajor y un café para compartirlos con sus amigos mientras estudian.

Afuera se veía un hermoso sol que hacía aumentar las ganas de estar más ahí afuera que ahí adentro.

Sobre el mediodía, tocó el timbre y es hora de volver a casa. Ella se dirige hacia la parada para tomar el colectivo. Cuadras antes de llegar, cruzando bajo una autopista, una camioneta color blanco frenó bruscamente. Se bajan dos hombres encapuchados, toman por delante y por detrás. Asustada y sin fuerzas, ella no opone resistencia alguna, le colocan una bolsa negra en la cabeza y la lanzan fuertemente a la parte trasera de la camioneta, como si fuera un objeto.

Por casa, mamá y papá comienzan a preocuparse, su hija no llegaba. Van con la policía, no obtienen respuesta, les dicen que hay que esperar veinticuatro horas.

Los días pasan y crece la incertidumbre, ella no aparece, madre y padre destrozados.

Un llamado hace crecer las esperanzas. Un hombre en situación de calle que vivía bajo aquella autopista, lo había visto todo. La policía buscó por cada recoveco de la Capital y alrededores.

-La encontramos- fueron las palabras que se oyeron en ese teléfono cuando mamá atendió, papá la abrazó y lloraron los dos.

¡Irme lejos, no volver!

Oriana Piccirillo

Si hay algo que siempre me gustó fue viajar, por cuatro días, dos semanas o lo que se pueda.

Hay veces en las que sé que me voy y llegado el momento dudo en hacerlo, pero luego, ya viajando me relajo porque sé que voy a pasar lindos días.

Hace tres años viajé a Mar de Ajó con mi mejor amiga. Nos fuimos cinco días antes de empezar el último año del secundario. Era algo que nos debíamos hacer un tiempo y por fin, gracias al permiso de nuestros papás pudimos hacerlo,

Geniales días nos tocaron, el clima no era muy caluroso así que estábamos bastante contentas.

En momentos así, dónde te alejás un poco de todo el caos de la ciudad y estás con una gran amiga te olvidas de todo.

Íbamos a la playa todo el día y, antes de volver al departamento, pasábamos por la heladería de la esquina. A la noche, una vez que cenábamos, íbamos a pasear al centro y volvíamos casi a la madrugada.

Fue la primera vez que viajamos sin nuestras familias, así que nos sentíamos más libres. Obviamente ahora, con todo el tema de la facultad no pudimos irnos otra vez, sin embargo ya estamos planeando volver de nuevo. Una muy linda experiencia, ojalá se repita.

Vacaciones de cambio y descanso

César PérezLamberti

Hablar en términos de bueno y malo sobre mis viajes me resulta complejo, considero que ninguno fue tan bueno como para que merezca ser destacado, ni tan malo como para jurar no querer repetirlo nunca. Todos guardan algo significativo, principalmente las vacaciones en familia (aunque suene cursi escribirlo y aún más releerlo) porque, si bien con los años perdieron gran parte de su gracia, durante mucho tiempo fueron lo que esperé todo el año.

Cuando era chico, el único lugar donde deseaba estar era la playa. Llegar cansado del viaje en ruta, en parte por todas las ansias que no me dejaban dormir y por discutir durante largas paradas con mi hermana por la cama que fuésemos a ocupar. Comer comida chatarra ante las ausentes ganas de mi mamá de cocinar e ir lleno de arena y en malla al supermercado por si se presentase la posibilidad de meterme a una pileta o al mar. Son momentos que todavía repito de todas formas, con gracia en mi cabeza.

Sin duda alguna, mi momento favorito del verano consistía en hacer amigos con los que jugar en la arena mientras prometía que jamás iba a olvidarlos, y deseaba que el tiempo se parara en ese momento, ya que después de todo fueron los momentos más básicos y monótonos los que hacían de esos viajes las mejores vacaciones.

En las últimas dos vacaciones, del viaje en ruta llegaba descansado porque no existían ansias que no me permitieran dormir en el auto, ahora más vacío porque mi hermana prefería quedarse en casa. Comía la comida que escuetamente me preparaba para no molestar a mi mamá y casi no iba a la playa porque quedarme en el departamento me parecía un mejor plan que el mar, hacer las compras o nadar en la pileta. Así descubrí que las vacaciones familiares ya no eran mi plan favorito, quizás si las vacaciones con amigos que en un futuro pueda hacer.

Este último verano, sentí como si algo de lo que más quería se rompiera ante mí, intenté conocer personas en la playa, hacer castillos en la arena y jugar en el mar, pero lo único que me permitió aliviar esa sensación de tristeza fue la seguridad de que no voy a olvidar ninguno de esos momentos básicos y monótonos de la infancia, que de alguna forma supieron hacerse importantes.

Aventura con amigos

Alexis Salas

Todo remonta al año 2016, era noviembre y hacía un calor que es común cuando se acerca la finalización de la primavera.

Estábamos en la euforia de finalizar el año lectivo, que era el último de la secundaria, y rodeado de compañeros y amigos, planeábamos qué íbamos a realizar.

En conjunto, decidimos viajar a Villa Gesell, un destino turístico, veraniego, pero que para los días que íbamos a ir y por la plata que nos lo ofrecían era irresistible, así que dispusimos a jugar al truco y charlar del tema.

Mi amigo Gustavo me retó a que cuando llegáramos, sea cual sea el clima, nos metiéramos al mar. Yo accedí sin dudarle, ya que sería una locura sana y al fin y al cabo nos divertiríamos un rato. Debo agregar que mi amigo casi no siente el frío y no le costaría nada realizar eso. Terminamos la partida de truco, que ganamos con mi compañero, quien además, me enseñó a jugar, y en ese momento, como la hora de clases había acabado, nos fuimos a nuestras respectivas casas.

Llegó el día y estábamos todos los compañeros esperando la combi con los equipajes listos y la emoción de divertirnos en grupo, en una madrugada de un 19 del undécimo mes que parecía de principios de invierno.

El transporte arribó y dispusimos a colocar nuestros bolsos y subir al mismo. Luego de fotos y despedidas, partimos rumbo a destino.

Durante el viaje, reímos, cantamos, jugamos al truco y justo cuando estaba por cantar mi envido de 33, llegamos al hotel.

Era un hospedaje bastante bueno por el precio que pagamos. Smart-tv, wifi, y todas las comodidades de una casa, sumando un balcón con vista a la calle. Disfrutamos de un almuerzo entre todos y elegimos las habitaciones. Luego de discutir un poco, procedimos a la habitación cuatro. Esta misma estaba muy buena y en la misma condición que las demás, sólo que con un hall más grande.

Luego de desempacar, recordé el reto. Convoqué a los demás, nos pusimos las mayas y nos dirigimos al mar. De camino, pasamos por la arena, la cual irradiaba calor. Resultado, no quemamos los pies.

Me tiré al agua. Estaba helada. Y cumplí la meta, después, mis compañeros y mis amigos se tiraron también.

Pasaron los días y cada vez disfrutábamos más de los días veraniegos y calurosos en medio del agua fresca de ese lugar.

Luego de jornadas de diversión pura, acompañados por dos profesoras no mencionadas en el texto, llegó el día de partir de vuelta con la vida cotidiana, con las responsabilidades y con el hecho de ser el último año, de que muchos no nos volveríamos a ver.

Llegó la máquina que nos sacaría de ese lugar, y debimos partir. Disfrutamos la vuelta tanto como la ida, con juegos e interacciones.

Arribamos a nuestra tierra, nuestra ciudad, y volvimos con nuestra familia a la cotidianidad.

Nos separamos con nuestros compañeros, que si bien nos veríamos eventualmente y podría ser nuestra última experiencia conjunta como la unidad que éramos.

En ese momento, me di cuenta que ese viaje había sido uno de los mejores, no por el hecho de que sea un lugar turístico o que teníamos independencia de adultos o porque teníamos mucha diversión, sino porque lo habíamos vivido juntos, en unidad y como una familia. Sería un recuerdo que jamás podríamos olvidar.

Hoy escucho tango mañana reggaeton

Bárbara Venturo

Termina de darse una ducha cuando su mamá se acuesta a dormir.

Decide quedarse con la bata de toalla puesta un rato más mientras mira otro capítulo de la serie y frente al espejo se pone linda para encontrarse con Emiliano. A él le gusta mucho el fútbol, ama a los animales, incluso a los gatos; le interesa leer sobre economía y es vegetariano.

Juanita se pinta los labios de rojo, se termina de poner un saco color negro que le llega a las rodillas y debajo llevo un vestido del mismo tono. Se escucha el ruido de un auto que estaciona, Emiliano le manda un mensaje a su chica avisando que está abajo.

Se saludan con un beso en la boca y de esa manera inician su segunda cita. Ingresan al restaurante donde un mago vestido de traje les indica la mesa reservada.

Pasan un buen rato riendo sobre anécdotas a familiares, hasta que el empleado de traje los interrumpe para tomarles es el pedido. Juana tiene decidido pedir bife de cerdo con papas fritas, pero lo pienso minuto más y mientras, él pide primero plato.

-Colchón de quinoa con vegetales salteados, por favor- dice Emiliano.

En ese instante, la cara de Juana se transforma.

-Soy vegetariano-agrega el chico de sus sueños mientras sonrío orgulloso por serlo.

El camarero comienza a apurar la a su clienta para anotar su plato elegido y poder seguir trabajando.

Ella comienza a sudar. Por dentro de su boca corre saliva, abundante y deseosa de comer un pedazo de carne. Nerviosa y observada por los dos, dice:

-Brócolis hervidos con hamburguesa de lenteja, por favor.

Risas y más risas entre ellos. Concuerdan mucho, se gustan.

Mañana, ella va a leer el periódico, un poco sobre economía y otro sobre política. Aclaro también que mirará fútbol, ya sea nacional o internacional. Y está demás decir, que detesta la carne, solo por aparentar, gustar, querer encajar y sentirse aceptada.

Realmente viudos⁽¹⁾

Tomás Vidal

Transcurría el año 1984 en el sur del conurbano bonaerense, en la ciudad de San Vicente más precisamente. Era 16 de enero, el pasto del patio trasero de la familia Martínez estaba verde y reluciente, muy bien cuidado por Benito, el jardinero.

Esa misma noche, Teresa sintió ruidos muy extraños en el fondo de su casa y decidió, asustada, despertar a su marido y contarle lo que había oído. Luego de escucharla, Jorge le restó importancia y siguió durmiendo, al igual que su mujer, que al no percibir ninguna otra cosa, siguió durmiendo.

Al día siguiente, Benito le comentó a la señora lo que había observado en el pasto y la invitó a verlo. Eran líneas gruesas de césped quemado, entre cortadas, que si las unías imaginariamente, formaban varios círculos dentro de otros. Luego de apreciarlo, y con cierto tono miedoso, Teresa le dijo al jardinero que se tomara el día.

Cuando Jorge llegó de trabajar, su esposa lo llevó inmediatamente al jardín para que viera lo que había pasado.

-¡Esto es sobre natural, Tere! Tengo miedo, me quiero ir a la mierda- le dijo Jorge gritando desesperado. Teresa se quedó callada y su marido fue rápidamente a la casa de Manuel, su vecino, a contarle lo sucedido, luego de charlar por un rato, este pudo calmar a Jorge y convencerlo de que no pasaría nada malo.

A la semana siguiente del extraño hecho, despidieron a Jorge de su trabajo y falleció una hermana de Teresa a causa de un repentino cáncer terminal.

Comenzaron a dudar, luego de una seguidilla de malas noticias, si esto tenía algo que ver con lo que sucedió días atrás en su patio, hasta que el miércoles siguiente, Jorge le da los buenos días a Teresa y ésta no responde. Había muerto sin causa alguna, al día anterior estaba excelente, no tenía ni un resfrió.

El hombre, viudo de 63 años, decidió mudarse y poner en alquiler, o en venta su ya antiguo hogar. Pocos días después, apareció un matrimonio joven con la mujer embarazada de 6 meses queriendo alquilar la casa. Al llegar a un acuerdo, se asentaron en su nuevo hogar.

Para no variar la suerte de la anterior familia, empezaron a llegar las malas noticias para los inquilinos. Sandra, de 26 años, perdió el embarazo, casi sin explicaciones, y a causa de esto, se complicó su salud, y los médicos le dijeron a Rubén, su esposo, que su pronóstico era reservado.

Tres días después, Sandra murió.

Al enterarse de esto, Manuel se acercó al nuevo viudo y le contó todo lo que le había sucedido a la familia anterior, y Rubén no dudó en dejar la casa, la que al día de hoy, treinta y tres años después, sigue inhabitada, como consecuencia del mito urbano que se ha creado.

(1) Basado en hechos reales.